

## ANDALUCIA A EXAMEN DE CONCIENCIA \*

Por AQUILINO DUQUE GIMENO

Excelentísimos señores académicos:

El siglo XVIII siempre ha ejercido sobre mí una imponente fascinación. Las óperas de Mozart y las bóvedas del Tiepolo, los viajes a Otaití y los carnavales de Venecia, los reales sitios y los teatros de bolsillo, las pelucas y los descotes, la Enciclopedia y la Ilustración, el café y el rapé... Pero aparte de estos refinamientos, propios de un sentido aristocrático de la vida, de un sentimiento estético de la existencia, me ha atraído una cierta propensión al orden y a la limpieza, a la luz y a la brillantez, a la claridad de pensamiento y la elegancia de expresión, es decir, a todo lo que el siglo XIX empezó a mirar con recelo y el siglo XX ha acabado por arrumbar.

Por todo eso, el honor de que soy objeto, sobre la satisfacción que me proporciona, hace realidad, y de modo inesperado, un sueño de anticipación, un sueño mío de toda la vida, al darme acceso al túnel del tiempo por un pórtico neoclásico. Yo he logrado ingresar en el Siglo de las Luces por una de sus más típicas instituciones, una Real Academia, en este caso la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla. Las Academias son instituciones dieciochescas como los Ateneos son instituciones decimonónicas; a los Ateneos se iba a conspirar y concertar lances de honor; a las Academias, a desempolvar pergaminos e intercambiar cortesías. Bien sé

---

\* Discurso de ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, pronunciado el 8 de marzo de 1981.

que hoy en día en las unas y en los otros se hacen muchas más cosas, pero para mí la más importante hasta la fecha ha sido, al asistir como individuo electo a las sesiones de la Academia, la comunión, ciertos viernes de mes, con ese siglo XVIII de mis ensueños y mis añoranzas. Naturalmente una cosa me ha chocado y me choca, y es el anacronismo de nuestras indumentarias, anacronismo que sólo en los actos solemnes y públicos tratamos de paliar, y paliamos sólo a medias, pues el frac es más prenda de Ateneo que de Academia. Confieso, pues, que he sentido fuertes tentaciones de comparecer en este acto con casaca bordada, calzón corto, peluca empolvada y sombrero de tres picos. Si no lo he hecho, ha sido por no imponer a mis ilustres colegas un grave caso de conciencia indumentaria y por no hacer creer al distinguido público que se le ha convocado, no para un acto académico, sino para una corrida de rejonas a la portuguesa.

Tampoco lo he hecho por consideración hacia mi ilustre predecesor. Su sombra, en efecto, no se hubiera sentido demasiado cómoda en el sillón que vengo dispuesto a ocupar, al ver desde su transparente inmortalidad cómo el opaco inmortal llamado a pronunciar su elogio, comparecía sin la corbata de pajarita que todo frac lleva consigo. No se sentiría cómoda la sombra de don José Montoto y González de la Hoyuela, porque de este modo se le escamotearía el homenaje que, impremeditada y colectivamente, hoy le estamos tributando. Todos saben que la única frivolidad de vestuario de don José Montoto consistía en una corbata de lazo o de pajarita, y hoy diríase que todos nos hemos puesto de acuerdo para lucir una pajarita en memoria de la que él lucía y en diferencia hacia su persona. Como la redcilla de los toreros se fue transformando en coleta, la chalina de los románticos evolucionó en pajarita, y en la que llevaba Montoto esta evolución era bien patente; era una pajarita a la que aún le quedaba mucho de chalina. Esa chalina estilizada que era la pajarita de Montoto era, por un lado, un jirón de bohemia finisecular, por otro, un gallardete de distinción en nuestra época despechugada. Montoto, que nun-

ca arrió ese gallardete en los vientos adversos de nuestro desaliño indumentario, debe de estar contento al comprobar que, hoy, sus antiguos y sus nuevos colegas, nos hemos puesto de acuerdo en darle la razón.

La pajarita de Montoto era, pues, todo un símbolo, pero era algo más; era —así lo quiso él— un género literario. Montoto inventó la pajarita de papel, como Gómez de la Serna inventó la greguería, y gracias a él tuvo el periodismo sevillano una dimensión cocotológica. Montoto fue cocotólogo como lo fue Unamuno, sino que, a diferencia de éste, no sólo hacía pajaritas, sino que además las escribía. ¿Y qué es la pajarita de papel? La pajarita de papel es, era, un comentario diario leve y ágil, una divagación con moraleja, algo en la línea ocurrente del *Au jour le jour* de Escarpit o del *Controcorrente* de Montanelli, pero no tan breve ni con el aguijón tan enherbolado. Un poco meditación a vuelapluma, un poco homilía a hurtacordel, si hubiera que buscarle un parentesco contemporáneo sería cosa más bien de hacerlo en aquellos *Recuadros* que por algún tiempo publicaba en *ABC* el maestro *Azorín*. Montoto perseguía y conseguía dar la impresión al lector de que escribir aquella sección diaria le había costado el mismo esfuerzo que hacer una pajarita de papel.

Hasta última hora fue fiel Montoto a sus pajaritas de papel y a sus pajaritas de trapo. La última que recuerdo era una pajarita que volaba ya contra el viento dominante, pues describía la realidad que hay bajo la demagógica expresión «de sol a sol», pormenorizando la distribución en esa legendaria jornada de las horas reales de trabajo y reposo. De esto sabía mucho don José Montoto, que no por estar sujeto a una mesa de redacción, dejó alguna vez de considerarse hombre del campo, hombre de la tierra, de su tierra. Toda su vida física y profesional, con un breve paréntesis juvenil en Madrid, donde trabajó en *El Debate*, transcurrió en Andalucía —estudios jurídicos en Granada, periodismo en Cádiz y Sevilla— y al llegarle la hora de la verdad quiso que lo llevaran al pueblo donde nació, a Lora del Río, a pocas leguas del lugar donde una falla del terreno y dos ríos que confluyen señalan la frontera de dos Andalucías.

Puesto que hoy se dice mucho que no hay una España, sino muchas Españas, cabe igualmente decir que no hay una Andalucía, sino varias Andalucías, y esto se ve muy bien en Lora del Río, lugar privilegiado para observar el paisaje andaluz y el alma andaluza. Por eso, al venir a ocupar en esta Academia el sillón que ocupaba un hijo ilustre de ese pueblo, no tenía más remedio que enfrentarme en mi discurso con ese rompecabezas que llamamos Andalucía, pieza a su vez, y no la menor, de ese otro gran rompecabezas que llamamos España.

Hablar de pueblo andaluz es tan aproximado y aventurado como hablar de limpieza de sangre. Como en España todos tenemos algo de judío, de moro y de cristiano, en proporción variable, en Andalucía todos tenemos algo de vasco, de lombardo, de valenciano, de gallego, de extremeño, de gascón o de portugués. Los primeros pobladores de que se tiene noticia histórica, o protohistórica, en Andalucía, tampoco constituyen un solo pueblo: todo el Sur de la Península, desde el cabo San Vicente hasta el cabo de Gata, está ocupado por conios, tartesios, turdetanos, libio-fenicios, bastetanos y bástulos, pueblos, tribus que hablan distintas lenguas y tienen distintos sistemas de escritura. Entre el cabo San Vicente y el Guadalquivir domina la escritura del Sudoeste, llamada también tartesia o bástulo-turdetana. En la parte oriental, la escritura ibérica, en su variedad del Sudeste.

Esos pueblos llegarían probablemente por el Mediterráneo, que es por donde, a lo largo de la historia, llegan a España los pueblos portadores de civilizaciones. La llamada «revolución neolítica» da sus primeros frutos en la península ibérica hacia el año 5000 a. C. y es de sospechar, como dice Vicens Vives, que «las primeras reformas neolíticas se transmitirían..., a través del Mediterráneo e incluso de Europa (aquí, partiendo de la cuenca del Danubio)».

A juzgar por los restos que han dejado numerosas civilizaciones, Andalucía es desde los albores de la historia algo así como la antesala de España. Por ella entran las culturas de Oriente y de ella se proyectan al resto de la península. Por

Almería entra la agricultura neolítica y se irradia hacia Andalucía, Cataluña y Portugal y por Almería entran la metalurgia del cobre y la edad del bronce. También por Almería habría entrado la religión megalítica, si bien ahora esa entrada se sitúa más bien a partir del frente atlántico. El caso es que, venga del Mediterráneo o del Atlántico, la cultura megalítica hace alcanzar al Sur de España su primera edad de oro. Símbolo de esa época áurea ha venido siendo el vaso campaniforme, que en realidad aparece con bastante anterioridad.

En obra de milenios, los oriundos del Danubio, que llegaron para quedarse, reciben la visita de griegos y fenicios, que vienen a fundar colonias y factorías. Una de ellas es Cádiz, fundada por los fenicios de Tiro hacia el 1100 a. C. para comerciar con Tartessos, la legendaria capital del legendario imperio fundado por los tirsenos o etruscos menos de cien años atrás. Los tirsenos, que de Etruria habían pasado al Asia Menor, han de emigrar a su vez a raíz de las conmociones que hacia 1200 a. C. se suceden en la Anatolia y el Egeo: se hunde el Imperio hitita; cae Troya; sucumbe la talasocracia cretense. Esta, que había alcanzado su apogeo hacia 1600 a. C., tenía de luengo comercio con el Mediterráneo occidental y es el vehículo que acerca Egipto a Andalucía. Según Ortega y Gasset, de Creta nos viene la mantilla y el traje de volantes con que las señoritas cretenses de la corte de Minos presenciaban las corridas rituales, los cultos taurinos, cultos que, a juicio de Schulten, también nos vendrían de Creta.

Otros navegantes que traen Egipto a Andalucía son los fenicios; en el Museo Arqueológico de Sevilla una estatuilla sedente de Astarté, con una leyenda votiva, procedente de una comunidad fenicia de Memphis, contempla, hierática, el áureo despliegue del tesoro del Carambolo, y en el castillo de Mairena del Alcor, vivienda que fue del arqueólogo inglés Jorge Bonsor, hay un bello escarabajo negro, hallado al dragarse la ría de Huelva. Hay quien aduce, y no le faltan pruebas, que el culto del toro es autóctono, del mismo modo que es autóctona la orfebrería bárbara de esas increíbles pre-

seas que, junto con los candelabros o *timateria* de Lebrija, son, a juicio de Carriazo, las muestras más palpables del arte de Tartessos.

Algo debía de tener Andalucía para atraer de ese modo a pueblos de tan vario linaje. Tiene un río, el Guadalquivir, con crecidas periódicas como las del Nilo, un trigo que crece espontáneo, toros y caballos en sus marismas y oro y plata en sus minas. Antes que los comerciantes llegaran los héroes: Hércules viene a robar bueyes y naranjas; Menesteo, fugitivo de Troya como Eneas, funda el puerto de su nombre, hoy Puerto de Santa María; Platón, en el *Timeo*, describe su Atlántida a imagen y semejanza de la capital de Tartessos. Sobre Tartessos, sobre Tarsis, se escribe en abundancia en la antigüedad y, orientado por esas fuentes, bíblicas unas, helénicas otras, emprende Schulten sus excavaciones en el Coto de Doñana en las que, por desgracia, no obtiene ninguna prueba convincente. Pasarían más de treinta años hasta que el azar sacara a la luz, en las proximidades de Sevilla, un tesoro, el del Carambolo, que por exclusión dio en acoplar Carriazo a aquellas referencias literarias. El fabuloso imperio de Tartessos, del que como de un Eldorado hablaban los autores antiguos, ha podido cobrar así una fisonomía parcial y provisional, pues el hecho es que las joyas del Carambolo son, al menos de momento, una de las pruebas por las que Tartessos venía clamando desde el fondo de los siglos.

En el ápice de su poderío, el imperio de Tartessos tuvo un gran rey, Argantonio, y una rica industria minera. Para comerciar con Tartessos —ya se ha dicho— fundaron Cádiz los fenicios, fundaron la ciudad de Hércules, la más antigua de Occidente, tan antigua que en su fundación se funden y confunden la historia y la mitología. ¿Fundaron Cádiz los fenicios o la había fundado ya Hércules y ellos se limitaron a levantarle en Sancti Petri un templo de columnas sustentadas por yunques? El Hércules romano, el Herakles griego, el Melkart fenicio, bien pudo haber fundado una ciudad después de hendir el istmo y abrir el estrecho, de robarle los

toros al tricéfalo Gerión y las manzanas de oro a las Hespérides, y antes de plantar de olivos lo que los árabes llamarían el Aljarafe y los romanos la Huerta de Hércules.

Puede decirse que la historia de Andalucía da comienzo cuando Perseo le corta a Medusa la cabeza. Cuando la muerte vidria aquellos ojos que sideraban héroes, de la cabeza cercenada erizada de sierpes surgen Pegaso, el caballo alado, y Crisaor, el caballero de la falcata de oro. De la unión de Crisaor con Callirhoe, hija del titán Océano, nace un ser con tres cuerpos o con tres cabezas, que es el primer rey tartesio de que queda memoria mitológica. Herakles se abre paso entre las puertas tartésicas —las columnas que reciben su nombre— y a bordo de una copa de oro solar cruza el tempestuoso río Tartessos, mata al rey Gerión, a su perro y a su mayoral, hiere a la propia Hera en un pecho y se lleva a Micenas los toros colorados.

El mito no es sólo el origen de la historia, sino que es también la historia contada de otro modo. El mito de Gerión, rey de Tartesos, revela cómo Andalucía, el pueblo andaluz, nace de la confluencia de elementos indoeuropeos con elementos mediterráneos. Gerión, con sus tres cuerpos, o con sus tres cabezas, no es un monstruo griego, sino celta, y su leyenda atestigua una presencia continental, indoeuropea, en el bajo Guadalquivir en el que, más bien que en Almería, ve Schulten el polo y el foco de culturas y colonizaciones. La arqueología corrobora el mito. El rey Norax, nieto de Gerión, coloniza Cerdeña, donde funda la ciudad de Nora, y el vaso campaniforme da fe de las relaciones de Tartessos, no sólo con Cerdeña, sino con Sicilia y con las costas mediterráneas y atlánticas del Africa. Estamos en el segundo milenio a. C. y en Cerdeña reina Hyllus, hijo de Herakles; Micenas, lugar de destino de los toros robados por éste último, es la talasocracia dominante. La dinastía de Gerión coincide con la de Atreo y ambas con la Edad del Bronce. Otra legendaria dinastía tartésica, ya posterior, es la de Gargoris, descubridor de la miel, y su hijo incestuoso Habis, de los que desciende el grande Argantonio. Tartessos no es un imperio militar,

sino económico. La falcata de oro de Crisaor es la clave de su poderío, pues representa el oro de sus minas y, a semejanza de la segur de Démeter, el oro de sus mieses. Norax funda Nora en Cerdeña con el consentimiento de Hyllus y, con el consentimiento de Argantonio, fundan Cádiz los fenicios. Gerión, pese a su truculenta fisonomía, es un rey paternal, un pacífico ganadero de toros; Gargoris enseña a su pueblo a comer miel; Habis, marcado por su origen para la tragedia, abandonado en su niñez a las fieras, reproduce el mito de Edipo dulcificándolo: también hay incesto, pero al comienzo —Edipo es marido de su madre, Habis hermano de la suya— y el desenlace es feliz, pues el hijo no mata al padre, sino que éste acaba por reconocerlo y hacerlo su heredero. Argantonio, por fin, es pacífico y hospitalario y de ello dan fe los historiadores griegos. El no hace la guerra, sino que se brinda a acoger en su territorio a sus amigos y clientes focenses, amenazados por los persas. Los focenses, que prefieren combatir, costean sus fortificaciones con plata de Tartessos. De nada les sirve. Focea cae y sus moradores emigran a Alalia, su colonia sarda. También de allí han de irse, esta vez a Velia, en el Sur de Italia.

La batalla naval de Alalia, librada en 535 a.C., victoria pírrica sobre cartagineses y etruscos, señala el fin de la talasocracia focense, y el tratado de 509 a.C., entre Roma y Cartago veda a griegos y romanos la navegación por el Mediterráneo occidental. Los púnicos, como antes los fenicios, ocultan bajo leyendas temerosas la realidad de las tierras que dominan y explotan.

¿Acabaron con Tartessos los cartagineses del mismo modo que habían acabado con Mainake y conquistado Cádiz? ¿Trajo su ruina la ruina focense y la ruptura del equilibrio en el Egeo? ¿Se hundió al divulgarse el hierro y no poder hacerle frente con su estaño? Emporio agrícola, minero y ganadero (los fósiles del Carambolo muestran que hubo algo más que toros en Tartessos), mal conocido por bien ocultado, es el primer imperio autóctono de la península ibérica, imperio que, al desaparecer, se fragmenta en tribus innumerables que perduran hasta la conquista romana.

De los primitivos andaluces sólo sabemos, pues, que no eran guerreros, sino mineros, ganaderos y agricultores; que su arquitectura es megalítica, y que la unidad política que representó Tartessos no halla continuidad en las tribus turdetanas, muchos de cuyos régulos llevan nombres celtas, ni más ni menos como el emperador Argantonio. De los turdetanos, gracias a Estrabón, sabemos algo más. Los tartesios son para nosotros súbditos de un imperio, personajes de un mito; los turdetanos son ya hombres históricos. Los turdetanos, junto con los túrdulos —si es que unos y otros no son los mismos— son los más cultos de los iberos; tienen gramática propia, escritos de antigua memoria y leyes en verso «que ellos dicen de seis mil años».

Andalucía —las tierras comprendidas entre el Mediterráneo y las cuencas del Betis y del Ana— entra en los tiempos históricos con una fisonomía muy caracterizada. Es rica en minería, ganadería y agricultura y terreno abonado por los mitos para que fructifique la historia. Alcanza la unidad política con un Imperio mercantil y pacífico, abierto a influencias marítimas y sujeto a infiltraciones continentales. Goza de una cultura superior con rasgos autóctonos y, al hundirse el Imperio, se fragmenta en tribus. Esta fragmentación del Imperio de Tartessos en tribus turdetanas es uno de los paradigmas de España, nación que continuamente se teje y se desteje. Otro de sus mitos debería ser la tela de Penélope.

La riqueza del suelo y la desunión de sus habitantes hacen de esta tierra escenario de contiendas entre imperios. El Imperio cartaginés, al que, según Schulten, se debe la ruina de Tartessos, es el primero que aprovecha nuestra desunión tribal, si es que no la fomenta, para imponernos su hegemonía económica y militar. He aquí otra constante de nuestra historia. El tribalismo tiene un precio, que es la independencia.

Hamílcar Barka llega con su ejército y encuentra que los turdetanos se sirven de pesebres y toneles de plata. La dominación cartaginesa, que comienza con él, es efímera: unos años a fines del siglo III a.C., para ceder el paso a la dominación romana durante la segunda Guerra Púnica.

Incapaces de reconstruir el imperio de Tartessos, los turdetanos han de sufrir el yugo púnico primero, el romano después. Hay que decir que este último, el romano, los turdetanos, menos combativos, pero más cultos que otros pueblos ibéricos, como los lusitanos por ejemplo, lo sufren con gusto y con provecho. Las gentes de la Bética toman la cándida toga de la civilización latina, se expresan en la lengua del Imperio y le aportan nombres ilustres: los dos Sénecas, Lucano, Pomponio Mela, Columela, los Balbo, Trajano y Adriano. Estos dos últimos, que con Augusto forman la tríada de grandes emperadores de Roma, son hijos de Itálica, ciudad fundada el año 206 a.C. durante la segunda Guerra Púnica, a raíz de la batalla de Ilipa, por la que Escipión desbarató a los cartagineses y se apoderó de toda la baja Andalucía. Lazareto militar en sus comienzos, se convierte en un próspero municipio que, en tiempos de Adriano, renuncia voluntariamente a su autonomía administrativa para hacerse colonia. Poblados ibéricos como Hispal y Carmo se transforman en cultas ciudades romanas, y Córdoba, fundada por Claudio Marcelo el 125 a.C., tiene ya en el 74 a.C., una camarilla de poetas que, según Cicerón, se expresan «con rudo y bárbaro acento». De esta pléyade saldrían Lucano y los dos Sénecas, que por lo visto hablaban latín con acento cordobés. Con acento sevillano lo debió de hablar Adriano cuando, al llegar a Roma, tanto dio que reír con su primer discurso en el Senado.

Roma se implanta en la Bética en extensión y en profundidad. Los arqueólogos que excavan en busca de vestigios de imperios legendarios, comprueban con dolorosa frecuencia que Roma les ha tomado la delantera. En el Coto de Doñana, mientras buscaba Tartessos, hubo Schulten de conformarse con sacar a la luz un poblado romano. Mientras que la Lusitania y la Tarraconense eran provincias imperiales, administradas por un propretor asistido de tres legiones en el último caso, la Bética tenía categoría de provincia pública y estaba administrada por un procónsul del Senado que no precisaba tropas. Los fragmentos de cerámica marcada en el Testaccio de Roma acreditan la intensidad del tráfico comercial entre Italia y la fértil Turdetania. Igualmente intenso era el tráfico

humano y cultural. Cuéntase que un hombre de Itálica fue a pie hasta Roma con el solo propósito de ver a Tito Livio, por quien sentía gran admiración. Llegado a su destino, preguntó por el historiador y alguien se lo mostró mientras escribía. El viajero no quiso interrumpirlo en su tarea; estuvo un rato viéndolo escribir y, satisfecho, emprendió el largo camino de regreso a la Bética. El éxito de la romanización de la Bética obedece a que, más que traer una cultura nueva, los romanos devuelven la cultura que habían traído los navegantes griegos y que había deshecho la barbarie púnica.

El hecho de que Itálica, que ya había dado dos emperadores a Roma, solicitara el rango de colonias, es decir, la asimilación administrativa con la metrópolis, es algo más que significativo. Los naturales de la Bética, por un lado, se sienten romanos; los naturales del Lacio o de la Campania se sienten en la Bética como en su propia casa: El vencedor se siente vencido por la gente vencida, conquistado por la gente conquistada. *Graecia capta ferum victorem caepit*. El resultado social y económico es la estructura del latifundio y la división de la población rural en *seniores* y *humiliores*, con una población urbana de por medio a la que cabe atribuir la implantación y el arraigo de la cultura romana. Esta organización social estaba llamada a hacer larga carrera en Andalucía y puede decirse que, a través de todos los altibajos históricos, llega hasta nuestros días. Los romanos introducen hábitos, cultos y cultivos que cobrarían firme arraigo y carta de naturaleza. Entre los oscuros orígenes de la fiesta de toros no hay que excluir los ritos mitraicos que los legionarios habían traído de Oriente; se dice que los romanos fueron quienes introdujeron especies como el gamo en la península y bajo los romanos entra el cristianismo que, al arraigar en el pueblo bajo, habría de sobrevivir con creces al Imperio que lo había hecho religión oficial. Es el cristianismo el hilo conductor de la tradición hispanorromana a través de las invasiones bárbaras y de la tradición hispanogoda frente a la dominación árabe. En los siete siglos de presencia romana hay dos elementos que contribuyen a infundir en los moradores de la Bética lo que tal vez sean sus más positivas

cualidades. Esos elementos son las vías de comunicación y una idea, imperial primero, religiosa después, de universalidad. Son las dos grandes aportaciones romanas a la lucha contra el tribalismo ibérico: las calzadas y los acueductos son la infraestructura de la solidaridad entre hombres y pueblos que se saben integrados en una superior unidad de cultura.

El éxito de la dominación romana puede que se explique porque los romanos comprendieron muy pronto de qué sustancia estaban hechos los turdetanos. Ciertamente no para la guerra, como sentenció Tito Livio: «Omnium Hispanorum maximi imbelles habentur Turdentani». Y Julio César, después de la batalla de Munda en que puso fin a la guerra civil al vencer a los hijos de Pompeyo, tuvo un comentario despectivo para la deslealtad de los cordobeses. El hecho es que Roma caló muy hondo. El antiguo jesuita y moderno filólogo cordobés Feliciano Delgado mostraba a un viejo campesino el grabado de una lavandera boyera y le preguntaba si en la zona aquel pájaro se llamaba *pizpita* o *aguzanieve*.

—Ni una cosa ni otra —contestó el viejo—. Aquí se llama cuadratrémula.

Desde Catón el Viejo, nadie daba ese nombre a la *Motacilla flava*, ese nombre —*Caudatrémula*— que pese a su leve deformación local, sigue conservando su fuerza descriptiva, fuerza que tiene en inglés —*Wagtail*—, pero no en español —*Lavandera*— ni en francés —*Bergeronnette*— este pajarito al que le tiembla la cola.

La crisis del siglo III dio al traste con aquel estado de cosas. Otra vez vuelve España a destejarse, con la ayuda determinante de los bárbaros, y la Bética les toca en suerte a los vándalos, que le dan su nombre actual. A esta época de barbarie y anarquía ponen fin los visigodos. Por cuenta de Roma primero, por cuenta propia por último, se adueñan de toda España; reducen a vándalos, suevos y alanos y ponen en Toledo la corte de su monarquía electiva. Andalucía empieza a ser gobernada desde la meseta, o a tratar de serlo, porque el Imperio de Oriente aún tiene energías para ocupar el Sur de España y amparar a la población hispanorromana y cató-

lica frente a la casta dominante gótica y arriana. Aunque la Bética fue una vez más la región que menos resistencia opuso a la invasión bárbara, pues, en general, según Orosio y Salviano, tanto en la Galia como en Hispania eran menos temidos los bárbaros que los recaudadores de impuestos del Imperio, fue en ella de donde partió una seria insurrección por motivos religiosos.

Los nuevos señores de España, asentados en Toledo, no tienen interés en mezclarse con la población hispanorromana que, nuevamente dividida, conserva en cambio la institución romana del municipio y la Iglesia Católica, institución que aguantó en pie mientras el Imperio de Occidente se desmoronaba. La ley prohibía los matrimonios mixtos y cada pueblo —el visigodo, el hispanorromano— tenía su propio ordenamiento jurídico. Aprovechando la inestabilidad de la monarquía de Toledo, en la que la más alta magistratura era electiva, Justiniano logró invadir el Sur, desde Cartagena hasta el Algarbe, por lo que cabe decir que en Andalucía la tradición romana no tuvo solución de continuidad. Entre otras cosas, no tienen los terratenientes andaluces, acogidos a la protección bizantina, que entregar a los nobles visigodos los dos tercios de sus latifundios. Hasta el 572 d. C. no consigue Leovigildo, uno de los mejores reyes godos, expulsar a los bizantinos de Córdoba y del valle del Betis, y al final de su reinado aún ha de hacer frente a la rebelión que, encabezada por su propio hijo, asesorado por San Leandro y apoyado por la prefectura bizantina, tiene en Sevilla su centro espiritual y político. Aunque Hermenegildo sucumbe en la empresa, a la larga Sevilla triunfa sobre Toledo. Muerto Leovigildo un año después, su sucesor Recaredo abjura del arrianismo y de este modo se logra la unidad religiosa bajo el signo del catolicismo romano. Los Concilios de Toledo son ahora la máxima autoridad legislativa del Reino y, una vez expulsados los bizantinos de Cartagena, con la promulgación del *Fuero Juzgo* o *Liber Iudiciorum* por Recesvinto en torno al 654, se logra la unidad jurídica con predominio del derecho consuetudinario germánico. San Leandro y San Isidoro, obispos consecutivos de Sevilla, son las máximas figuras culturales de la Hispania

romanogoda y son exponentes del espíritu de unidad y universalidad (*Las Etimologías* del segundo recapitulaban todo el saber de Occidente) que es la mejor aportación que Andalucía ha hecho siempre a la historia y a la cultura de España.

La Hispania visigoda, reconquistada espiritualmente por la Bética hispanorromana, cayó después de dos siglos ante la invasión musulmana. Si España había sido romana durante cerca de ocho siglos, ahora sería musulmana durante más de ocho. Los árabes reconstruyen la unidad política rota al caer el reino visigodo. Bajo el protectorado musulmán proliferan las autonomías locales hasta que les pone término Abderramán I, fundador del califato de Córdoba. La presencia árabe en al-Andalus fue sumamente fecunda y no está claro quién influyó en quién, pues si la Bética se romanizó a fondo, no es arriesgado decir que el Islam se hispanizó en grado sumo. Córdoba primero, Sevilla luego y Granada por último alcanzaron un prestigio cultural que rebasó con mucho los confines del mundo árabe. Aunque la población mozárabe conservó su fe cristiana, con altibajos de tolerancia y persecución, la clase culta imprimió un sello propio a la cultura musulmana. Tanto es así, que en el siglo XIII, el español Al-Saundi llega a exclamar en una disputa: «¡Si no fuese por Al-Andalus no se haría siquiera mención del Mogreb, el cual habría permanecido permanentemente en la oscuridad!». Incluso en la época de decadencia, en que Al-Andalus pasa a ser vasallo del Imperio mogrebí, ejerce sobre éste un influjo cultural aplastante; Fez y Xauen, concretamente, son fundaciones andaluzas, y la arquitectura sevillana tiene su réplica en Rabat y Marrakech. El Occidente musulmán tiene una personalidad propia; la creación del califato de Córdoba se acompaña de la adopción del rito malikí, o sea, que la independencia política respecto a Damasco se completa con el cisma religioso, pero este cisma se hace bajo el signo de la tradición y la ortodoxia: los árabes andaluces, los hispanoárabes, son más puristas en la lengua y en el dogma que los árabes de pura cepa oriundos de Oriente.

Pero estos andaluces cultos, que entienden de literatura y de teología, son, como siempre, una aristocracia. El pueblo

bajo está compuesto de muladíes o renegados y de mozárabes que conservan su cristianismo. También hay judíos, en cuyas manos está el comercio y que introducen en el pensamiento occidental un intento de conciliación entre la razón y la fe. En tiempos de Abderramán III —cuando el califato es más poderoso y más tolerante— alcanza gran prosperidad y prestigio la población hebraica de Lucena, que disponía de un sistema ejemplar de alcantarillado y alumbrado público. La tolerancia musulmana para con los judíos y los cristianos no es nada sorprendente, ya que los árabes solo «coranizaban», por así decir, a los pueblos politeístas, pero en cambio respetaban a los que llamaban «pueblos de la Biblia», a los que concedían estatuto de «pueblos protegidos», dotados de autogobierno, pero obligados a pagar tributo. Los árabes propiamente dichos siempre fueron una minoría dominante, que para sus guerras tenían que emplear tropas de otra estirpe, y esas tropas, que lo mismo eran de eslavos —esclavos— que de bereberes, podían, como en el caso de estos últimos, llegar a sublevarse, poniendo fin a la tolerancia árabe.

Ni judíos, ni mozárabes, ni muladíes tenían demasiado empeño en luchar contra los cristianos, y los bereberes, traídos otra vez de Africa por Almanzor, dieron a la muerte de éste al traste con el califato omeya. Rota de nuevo la unidad política, Al-Andalus se fragmentaba en reinos de taifas. Estos reinos pequeños, de refinada cultura y vida decadente, estaban entre dos fuegos: el empuje cristiano por un lado y, por el otro, los imperios africanos a quienes sus reyes se volvían en demanda de ayuda y que acababan destronándolos.

Los almorávides que tomaron Sevilla en 1091 hicieron la vida difícil a los mozárabes y ya antes, en 1066, los bereberes habían hecho en Granada una matanza de judíos. Apoyados en el pueblo bajo y en los juristas malikíes, los almorávides declaran su hostilidad no sólo a cristianos y a judíos, sino a la poesía y a las artes que practicaba la aristocracia andaluza, una aristocracia más refinada y profana que islámica y belicosa. Parece ser que bajo la barbarie y el fanatismo almorávides florecieron las artes decorativas y dio buenos frutos la poesía popular, ya que no la culta, pero al aban-

donar al partido almorávide la plebe en la que se apoyaba, su imperio se vino abajo y, tras otro período de anarquía tribal, hicieron su aparición los almohades.

En realidad, la única poesía árabe que queda es la poesía aristocrática y cortesana; la popular es un producto híbrido, original y encantador, en el que se mezclan elementos árabes y castellanos. El zéjel y la jarcha vienen a indicar que el habla del pueblo bajo no se caracterizaba por su pureza; en cuanto al pueblo alto, la artificiosidad de su poesía denota el esfuerzo de quien no se expresa en el lenguaje hablado. Bien es verdad que en la ciudad de Silves, por ejemplo, se hablaba el árabe con gran pureza y elegancia, o había quien lo hablaba así, pero lo más probable es que el árabe hubiera sustituido al latín como lengua culta.

Como los almorávides se habían apoyado en la clase baja y en los fanáticos malikíes, los almohades se apoyan en la clase alta, más culta y menos fanática, y bajo su dominio conoce la arquitectura momentos de esplendor: ahí está la Giralda.

Los imperios andaluces que se apoyaban en el pueblo bajo edificaban sobre arenas movedizas. El pueblo andaluz era tornadizo en sus creencias y en sus lealtades. No había perdido validez el diagnóstico cordobés de Julio César. Ni defendió este pueblo a Roma contra los bárbaros, ni a los visigodos contra los árabes ni a los árabes contra los bereberes ni a los bereberes contra los castellanos y teniendo, como acabaría por tener, sangre de todos esos pueblos, nunca asumió una historia que al fin y al cabo se hizo en su tierra y a sus expensas. El sistema del latifundio, que ya existía en tiempos romanos, perdura y se renueva con los visigodos y con los árabes, y esto, que por un lado imprime a Andalucía, sobre todo a la occidental, ese sutil estilo aristocrático en el que estriba su personalidad, por otro infunde en la masa de siervos y colonos sin tierra un resentimiento de desposesión y desamparo que le hace abandonar sistemáticamente lo malo conocido por lo peor por conocer. La facilidad con que los campesinos cristianos se hacen elches o muladíes sólo tiene parangón con la facilidad con

que los campesinos muladíes se hacen cristianos. Entre el populacho romano, uno de los más cínicos del Mediterráneo, ha quedado la expresión «Francia o Spagna, purchè si magna» (Francia o España, con tal de que se coma), y el pueblo andaluz, incluso bajo la dominación árabe, tenía aún mucho de romano. Por fortuna, en los momentos más bajos de un pueblo, siempre hay conductas ejemplares que redimen en cierto modo la vileza colectiva. Un pueblo no es culto y es noble porque sean cultos y nobles todos los individuos que lo integran, sino porque lo son algunos en algún momento: del mismo modo que bajo los árabes los mozárabes conservaban su fe cristiana, bajo los cristianos conservaron la suya los mudéjares mientras duró la Reconquista y, al terminar ésta con la caída de Granada, los moriscos mantuvieron su fe y sus costumbres hasta su expulsión en 1609.

La media luna andaluza se proyectó sobre la España cristiana en unos términos en que, por ejemplo, no lo hizo sobre Italia la media luna de Sicilia. Del mismo modo que Abderramán III había hecho venir de Bizancio a Córdoba a artesanos del mosaico, Pedro I de Castilla hacía venir a Sevilla alarifes y artesanos de Granada. Hay quien afirma —escuela del profesor Ladero— que es en la Reconquista donde hay que buscar el acta de nacimiento de la Andalucía actual, y si ello es así es porque en esa época, a partir del siglo XIII, es cuando alcanzan su máxima intensidad los fenómenos de convivencia, transculturación, hostilidad e influencia mutua. Otro hecho importante hay, y es que, según van los reinos de taifas cayendo en manos cristianas, la población musulmana se repliega a su último reducto, el reino de Granada, y los cristianos repueblan y se reparten las tierras conquistadas.

En un comienzo, la Reconquista supuso una despoblación rural, al tenerse que marchar los moros, que vivían en sus alquerías, diseminadas por el campo, mientras que los cristianos, por ser inferiores en número, vivían agrupados en núcleos urbanos. Luego, fue el campo recuperando su fisonomía habitual, según llegaban leoneses, castellanos, aragoneses, catalanes, valencianos, navarros y portugueses. Los cas-

tellanos de la meseta llegaban a Andalucía, como dice Ximénez de Rada, «como a bodas reales», pero al verse en insegura tierra fronteriza, muchos vendían sus tierras y se volvían a su lugar de origen. Los grandes y las órdenes militares hubieron de encargarse de repoblar, hasta que las condiciones de seguridad volvieron a atraer a nuevos pobladores. Dato curioso es que en 1344, doña Leonor de Guzmán, amante del rey Alfonso XI y madre de los Trastámara, llevó a cabo en sus tierras de Medina Sidonia una especie de reforma agraria, en el sentido de que redistribuyó las fincas de su señorío de un modo más equitativo y adecuado a su rendimiento. Muchos de los grandes apellidos andaluces datan de los repartimientos castellano-leoneses, que, en definitiva, no significan otra cosa que un cambio de manos de los latifundios.

Lo dicho vale sobre todo para la Andalucía occidental, que se la reparten los conquistadores; la oriental en cambio han de compartirla con los conquistadores.

El repetido incumplimiento por parte castellana de lo estipulado en las capitulaciones de Granada incitó a los moriscos a la rebelión una y otra vez hasta que Felipe III cortó por lo sano, expulsándolos en 1609-1610. Los moriscos representan el típico problema de las minorías que luchan por mantener su identidad, se asimilan con reticencia a la mayoría de la población y conviven con ella con bastante dificultad. El pueblo bajo les manifestaba animosidad por las mismas cualidades por las que los grandes señores en general los defendían: constituían una mano de obra barata y eficaz. Para los unos eran una concurrencia desleal, para los otros, un excelente factor de trabajo y producción. Con su marcha sufrió la agricultura en Murcia, Valencia y Aragón, el arte de la seda en Granada, pues representaban el cuatro por ciento de la población total y tal vez un mayor porcentaje de la población activa.

Pero estos moriscos, que tantas dificultades tuvieron en España por empeñarse en seguir siendo moros y considerarse o ser considerados inferiores a sus convecinos, en el Norte de África volvían a vivir con dificultad por empeñarse en vivir como españoles y considerarse superiores a los indíge-

nas, dándose el caso de que, siendo la religión uno de los motivos de su expulsión, algunos de ellos dieron en tierra de moros cruento testimonio de su fe cristiana. Entre esta gente, al parecer tan difícil, hubo no pocos casos de asimilación. Domínguez Ortiz cita el caso del converso Francisco Hernández (antes Hamete de Obezy), a quien los Reyes Católicos nombraron en 1502 Maestro Mayor de los Alcázares y Atarazanas de Sevilla, y también en la Andalucía occidental estaba la familia Corbacho, que llegó a criar una raza especial de caballos, de gran alzada y excepcional anchura de cascos.

Fuera porque muchos moriscos volvieron clandestinamente, fuera porque la expulsión, que fue completa en las ciudades, no lo fue tanto en los realengos y menos aún en los señoríos, a la Andalucía oriental le ha quedado un sello bereber que la diferencia notablemente de la Andalucía occidental, romana a poco que se remueva la tierra. En todo caso, el morisco andaluz debió de tener algo especial, como el gitano andaluz tiene algo que no tienen los demás gitanos, y eso especial que da la tierra acompañó a los expulsos, hizo volver a los nostálgicos y se quedó siempre con la tierra misma. El secreto del regadío era la vega de Granada o la huerta de Murcia; en cambio, en los campos de Níjar no ha entrado el agua bien hasta la segunda mitad del siglo xx. Otro enclave étnico y religioso que se mantuvo algún tiempo fue el judío, con altibajos de influencia política y sangrientas persecuciones hasta su expulsión por los Reyes Católicos. Y tampoco con la expulsión de los judíos acabaron en España la especulación y la usura.

La conquista de América situó en Andalucía, y muy concretamente en Sevilla, el centro de gravedad de la vida española, y fue a través de Andalucía como España se proyectó sobre América. Esta Andalucía, por la que España enseña a América a hablar y a montar a caballo, forja su personalidad y sus instituciones en los años que van de 1248 a 1492.

Son esos años los de la recristianización de Andalucía y, sin embargo, el influjo judío y musulmán determina el modo de entender la religión los andaluces. Erradicadas esas con-

fesiones en 1492 y en 1610, respectivamente, permanece en cambio su espíritu en las prácticas y los usos de la confesión dominante. No sólo la sensualidad de las manifestaciones externas, sino ciertos modelos de comportamiento tienen un marcado sello semita. En efecto, la doctrina cristiana del perdón de las deudas y el olvido de los agravios hizo muy poca mella en el odio cainita y la venganza con usura, rasgos por desgracia de difícil erradicación. La fortuna del culto a la Virgen María, introducido por los castellano-leoneses y configurado en el siglo XVII con la «guerra mariana», la contienda victoriosa de los jesuitas y otras órdenes sobre los dominicos en torno a la Inmaculada Concepción, puede que deba mucho al culto a la virginidad del árabe y el judío. La devoción mariana del andaluz, a expensas muchas veces de la fe en Cristo, o de la fe a secas, es la sublimación de un fuerte y antiguo instinto mediterráneo. El pueblo que había adorado a Astarté y a Diana tenía a la fuerza que adorar a María. La virgen madre del sol de los fenicios era ahora madre del que hizo el sol. Su fiesta seguiría siendo la misma: el 15 de agosto.

Con la Reconquista la Cruz se impone sobre la Media Luna, la espada sobre el alfanje, la línea recta sobre la línea curva, la escuadra sobre el arabesco. Andalucía pasa a ser Castilla la Novísima, como la llamaba García Lorca. En el tomo III de *El espectador* dice Ortega y Gasset:

«...cabe una geometría sentimental para uso de leoneses y castellanos, una geometría de la meseta. En ella la vertical es el chopo, y la horizontal, el galgo.

—¿Y la oblicua?

En la cima tajada de un otero, destacándose en el horizonte, es la oblicua nuestro eterno arador inclinándose sobre la gleba.

—¿Y la curva?

Con gesto de dignidad ofendida:

—¡Caballero, en Castilla no hay curvas!»

Esta «geometría de la meseta», que anticipa el racionalismo dieciochesco, irrumpe en la Andalucía oriental y tortuosa. Frente al laberinto de calles de Granada, trazan los Reyes Católicos el damero de Santa Fe. La cruz y la espada

triunfan; la media luna se humilla a los pies de la Virgen y el alfange se disimula en navaja. Está escrito que la historia de Andalucía, como la historia de España, tenga que ser una pugna entre la espada cristiana y la faca morisca. El monopolio del comercio con las Indias atrae sobre Andalucía toda suerte de mercaderes, de aventureros, de pícaros... de toda la fauna que traen consigo los golpes de fortuna. El arma del pícaro es la navaja como el arma del hidalgo es la espada. La espada del hidalgo impone orden y unidad política; la navaja del pícaro reclama anarquía y tribalismo. Pero, ¡cuidado!, no veamos la picaresca en el pueblo bajo tan sólo; en el ocaso de los Trastámara en Castilla, en el de los Austrias en España, ese espíritu curvo de la picaresca contamina a la nobleza decadente. «Viva quien vence», es el lema secreto de la nobleza andaluza en la guerra civil entre doña Isabel y la Beltraneja, y el populacho andaluz se encoge de hombros ante las guerras de Cataluña y de Portugal, diciendo más o menos: «Qué se le da a Sevilla — ser más de Portugal que de Castilla». Una nostalgia secreta de los reinos de taifas hace al duque de Medina Sidonia conspirar con su cuñado el duque de Braganza, y aprovechando la rebelión de éste y la de Cataluña, trata de proclamarse rey de Andalucía. Es la última bandería de la nobleza andaluza, de los linajes castellanos y leoneses implantados con la Reconquista, que tanto habían luchado entre ellos y contra el rey, pero también en esos años el pueblo se levanta contra el mal gobierno, como pasó en Córdoba, en el motín del hambre, once años después de la conjura nobiliaria, donde salieron las hoces a relucir. La hoz, la falcata que fue de oro en manos del pacífico Crisaor, remataba ahora con la navaja los ademanes cívicos.

Con la espada en una mano y el tiralíneas en la otra se enfrentan los primeros Borbones a la España de la hoz y la navaja. Con el apoyo formidable de la Iglesia, esta España popular se defiende con saña de los gobernantes ilustrados. Un ilustrado investigador de nuestra historia económica, don Ramón Carande, ha dicho que al pueblo español hay dos cosas que no le gustan: que lo eduquen y que le hagan traba-

jar. Parte, al fin y al cabo, del pueblo español, el pueblo de Sanlúcar de Barrameda, al caer el ministro Godoy, arrasó el Jardín Botánico que el ilustrado gobernante había donado a la ciudad. El patriotismo con el que ese pueblo expulsó de España a José Bonaparte, uno de los mejores reyes, sino el mejor, que eso no es difícil, de nuestra historia contemporánea, brilló por su ausencia cuando acogió al grito de *¡Vivan las caenas!* a las tropas del duque de Angulema que, por cuenta del Congreso de Viena, venían a reponer el absolutismo de Fernando VII, rey en cuya plebeyez se reconocía la España de la hoz y la navaja mejor que en los ilustrados padres de la Constitución abolida. La triste historia del siglo XIX: guerras carlistas, guerras coloniales, cantones, pronunciamientos y constituciones a granel, desembocó en la guerra civil, en que la espada triunfó sobre la hoz.

Dicho todo esto, hay que decir que algo que se da espontáneamente en toda Andalucía, aunque más en la Andalucía romana que en la bereber, es una cierta aristocracia de estilo. La cultura popular andaluza es aristocrática porque, consciente o no de su historia y de su riqueza colectiva, el pueblo andaluz aspira a unos ideales de vida que sólo están al alcance de unos pocos. En su *Biografía de Juan Belmonte*, Chaves Nogales glosa esta copla al alimón con el torero biografiado:

*Qué suerte poder tener  
un cortijo con parrales,  
pan, aceite, carne y luz,  
y medio millón de reales.  
Y una mujer como tú.*

Y dice el torero famoso: «Este es el ideal de vida de todo andaluz pobre y éste ha sido, naturalmente, mi propio ideal... Quise ser como los ricos de mi tierra, labrador y casinista, señorito en el campo y hombre de pueblo en la ciudad.»

Naturalmente, este ideal está condicionado por la tierra, por una tierra con poca agua cuyo sistema de explotación más rentable es el latifundio. Por muy grande que sea An-

andalucía, no hay latifundios para todos los andaluces, y son precisamente los toreros de éxito los andaluces de pura cepa que indefectiblemente se convierten en latifundistas. Así, estos hijos del pueblo han llegado a codearse, en nuestro siglo, con los latifundistas que lo son porque han heredado sus latifundios y que no son menos andaluces porque todos, o casi todos, lleven apellidos vascos, cántabros, ingleses o catalanes. Muchas de estas dinastías arrancan del siglo XIX, cuando el ministro Medizábal sacó a pública subasta los bienes de la Iglesia y de los municipios y cuando se otorgaron concesiones a ingleses y franceses para que explotaran nuestras minas, nos abasteciesen de agua y nos tendiesen vías férreas. La desamortización con que la burguesía liberal y centralista asestó un duro golpe a la Mitra y a las corporaciones locales, redundó, dicho sea de paso, en menguado beneficio del andaluz pobre, del español pobre, que era al fin y al cabo el beneficiario de la caridad eclesiástica y el usuario de los bienes comunales. La desamortización, arbitrio fiscal para subvenir a los gastos de la guerra contra el carlismo, con el que simpatizaban la Iglesia y los enemigos del centralismo liberal, no podía consistir en un reparto de tierras entre campesinos pobres. El Estado necesitaba dinero y sólo el nuevo rico, la nueva clase dispuesta a relevar a la aristocracia cansada, estaba en condiciones de dárselo. «Ni sirvas a quien sirvió ni pidas a quien pidió», dice el refrán, y puede que las injusticias y desigualdades que tantas desdichas habrían de acarrear al pueblo andaluz tuvieran su origen, una vez más, en la sumisión de los «andaluces viejos» a esos nuevos amos advenedizos, a esta casta de «andaluces nuevos». He dicho *una vez más*, porque sin proponérmelo he descrito una constante histórica y quién sabe si enunciado una ley sociológica, ley que quedaría incompleta si se omite el hecho de que al cabo de una o de dos generaciones la tierra funde a unos y otros andaluces en una raza común. Eso no quita de que la Andalucía agraria haya padecido ese mal social que es la lucha de clases. Pero la lucha de clases, esa forma larvada de guerra civil, no ha tenido como móvil el principio de que la tierra ha

de ser para el que la trabaje. El reparto de los latifundios ha sido siempre un pretexto, pocas veces un fin. El andaluz pobre quiere fincas, sí, pero enteras, fincas donde él sea el amo y trate a los jornaleros como los antiguos amos lo trataban a él. Yo diría que la estructura agraria del occidente andaluz gravita fatalmente hacia el latifundio y que la historia agraria de la Andalucía occidental consiste en una reconstitución pertinaz del latifundio. En líneas generales, el latifundio, que desde la época romana no tiene solución de continuidad, cambia de manos cuando cambia de manos Andalucía, pero hay casos, como es el de la Reconquista —y esto lo ha documentado muy bien el profesor sevillano González Jiménez— en los que hay que repoblar con cristianos las tierras que han despoblado los moros. Los nobles se quedan, por supuesto, con la parte del león, pero no basta con ellos; las nuevas tierras necesitan brazos que los trabajen y hay que atraer más gente. Pero los labriegos castellanos, portugueses, etc., no están dispuestos a venir como jornaleros, sino como propietarios, así que a los inmigrantes se les adjudican fincas de unas sesenta fanegas por término medio. Esta redistribución de la propiedad no es definitiva, y las fincas tienden más a agruparse que a fragmentarse, en unos términos a veces que provocan reformas como la aludida de doña Leonor de Guzmán en su feudo de Medina Sidonia. En tiempos del anterior Frente Popular, tal vez por falta de tiempo para hacer una reforma agraria en forma, las autoridades recurrieron al expediente de adjudicar a cada terrateniente un número de «alojados», «alojados» cuya faena consistía en cobrar un jornal y que si llegaron a empuñaz la hoz, lo hicieron más en los pueblos que en los campos. A lo que voy es que la masa andaluza prefería, en aquellas vísperas de revolución, un jornal seguro que no los riesgos del cultivo por cuenta propia de una propiedad común o de una parcela más o menos exigua. Con parcelas se conformarían poco después los que traían atavismos moriscos o mentalidad huertana, como los valencianos. Cuando Primo de Rivera primero, Queipo de Llano después y el IRYDA por último, quisieron mejorar la suerte del jornale-

ro andaluz introduciendo el cultivo del arroz en las marismas del Guadalquivir, todas las parcelas irían a parar más tarde o más temprano a inmigrantes valencianos, gentes con más talante de cultivador directo que de propietario absentista.

Un pueblo, como el valenciano, que aspira a la pequeña propiedad, tiene que tener y tiene unos modales democráticos; un pueblo, como en andaluz, que suspira por el latifundio, tiene que tener y tiene un estilo aristocrático. Nada tan aristocrático como el culto del ocio, esa utopía que a las masas industriales de hoy proponen sus presuntos redentores, y que en Andalucía es un hecho desde hace cuatro mil años. Es inevitable aquí seguir a Ortega, cuya *Teoría de Andalucía* sólo tiene un defecto, cual es el de sólo mostrarnos la mitad luminosa del planeta andaluz, en la que pereza y holgazanería pueden llegar a configurar una cultura, es decir, una actitud coherente y eficaz ante la vida. Y esa cultura se guía por la ley del mínimo esfuerzo. Un poeta sevillano, Luis Cernuda, comenta así, tácitamente, el pensamiento de Ortega: «¿A qué esforzarse, pues? La naturaleza es tan rica allí que sus dones debían bastar generosamente a quienquiera. Ha sido necesaria la feroz civilización burguesa para que el hombre del pueblo andaluz se viera desposeído en un ambiente donde todo respira, al contrario, abundancia y descuido. Poco bastaría allá para la dicha inconsciente. Sé de un árabe tan pobre que sólo poseía, como cosas superfluas, una guitarrilla, un ave enjaulada y una maceta de albahaca. Sentado por la mañana en una roca sobre el mar, tendía su aparejo de pesca que le procuraba el mínimo alimento cotidiano; y allí, entre el trinar del ave, el perfume de la albahaca y sus propios sueños, que acompañaba a veces con la guitarra, dejaba pasar los días, cuyo semblante para él no era otro sino el mismo uniformemente feliz de su desinterés sonriente». Esta economía de esfuerzo de un pueblo agrícola se completa con una economía de medios, y sólo así es posible entender el sentido del arte popular en que cobra forma esa cultura. El pueblo andaluz ha hecho maravillas de buen gusto cuando sólo

disponía de un poco de cal y de unas macetas y unas jaulas. La «feroz civilización burguesa» de que hablaba Cernuda no sé si lo llegó a desposeer de todo eso; lo que sí sé es que muy posteriormente lo desposeyó de sí mismo, que para el caso lo mismo da. Otra manifestación formal de la cultura popular andaluza es el flamenco, arte popular andaluz por excelencia. Pues bien, ese arte popular es arte de pocos y para pocos y alcanza su máxima pureza a altas horas de la madrugada en el *reservado* de la taberna donde sólo tienen acceso los *exquisitos*, los *cabales*. También aquí es hora de ir empezando a hablar en pretérito, o lo que es lo mismo, de entrar en la zona de sombra del planeta andaluz.

Si la «feroz civilización burguesa», que como es sabido da comienzo en el siglo XIX, ha hecho estragos en la cultura popular andaluza, en el estilo de vida del pueblo andaluz, es porque en esa cultura y en ese pueblo no ha encontrado demasiada resistencia. El pueblo andaluz, cuya cultura agraria renuncia a lo heroico, se rinde a la barbarie burguesa igual que se rindió a la *civitas* romana; hay en el fondo de esta fácil entrega un temperamento femenino sobre el que volveré más adelante y hay también, por desgracia, y valga la paradoja, una gregaria insolidaridad. En otra ocasión he dicho que la masa no tiene vida espiritual y moral, sino material y social. La vida espiritual y moral la tiene, o puede tenerla, el hombre andaluz, cuya aristocrática insularidad tiene su contrapunto en esa insolidaridad gregaria de la masa andaluza. Quiero decir con esto que en Andalucía es la insolidaridad un rasgo de comportamiento colectivo. No es Andalucía tierra de cooperativas ni de esfuerzos sostenidos, aunque tal vez no sea en esto excepción en España. Parece ser que cuando la guerra civil tuvieron cierto éxito unas comunas libertarias por la parte de Ubeda; claro que en tiempo de guerra todo es excepcional, y lo que es de lamentar es que esas comunas no hubieran sido más numerosas, pues así la guerra hubiera acabado como acabó, pero mucho antes. En tiempos normales, la masa andaluza, antes que sus *propias fuerzas*, confía en los recursos del Estado y, cuando éstos fallan, pone sus esperanzas en los cabecillas políticos o en los

bandidos generosos, personajes intercambiables. Unos y otros dicen que roban a los ricos para socorrer a los pobres, pero las cosas no son tan simples. De los cabecillas nada diré, pues los tenemos demasiado cerca; digamos algo en cambio de los salteadores de caminos, figuras de estampa romántica.

A raíz de la revolución de 1868, al socaire del delirio igualitario y de la crisis del principio de autoridad, una «guerra social» ardía en las campiñas de tres provincias andaluzas. Partidas de bandoleros cobraban «impuestos» a los hacendados, quemaban cosechas y cortijos en represalia, secuestraban para pedir rescate y, detalle nada desdeñable, intimidaban a los electores rurales a la hora de acudir a las urnas. El Gobierno progresista del general Prim, cuyo ministro de la Gobernación era don Nicolás María Rivero, nombró gobernador civil de Córdoba a don Julián de Zugasti con instrucciones reservadas para acabar con el bandolerismo. Su éxito no se hizo esperar y a él colaboró por cierto el gobernador civil de Sevilla, que era don Antonio Machado y Núñez, abuelo de los poetas de ese apellido. Los forajidos no llegaban a comparecer ante unos jueces cómplices o timoratos que indefectiblemente los ponían en libertad, sino que sucumbían indefectiblemente en tiroteos con la Guardia Civil al intentar fugarse. Esta vez fueron los periódicos conservadores como *La Epoca* los que arremetieron contra el expeditivo Zugasti, y esta vez fueron los políticos conservadores —Cánovas, Silvela— los que interpellaron al Gobierno en airada protesta por la violación de los «derechos humanos» de los pobres bandidos «de intención social». Rivero hubo de dimitir; Zugasti también; la oposición conservadora manifestó que su único propósito había sido poner en crisis al Gobierno, y la acción gubernativa no llegó a las altas esferas de los encubridores. Vemos, pues, que los bandidos suelen encontrar extraños valedores en todo tiempo, y lo malo es que esos valedores suelen contar con recursos sobrados para granjear a sus protegidos el favor popular.

Ese favor popular se suele concretar en una complicidad colectiva por la vía del encubrimiento o de la obstrucción a la fuerza pública. Aquí sí que es solidario el pueblo bajo y

acredita una excepcional capacidad de organización sigilosa. En tiempos de Felipe IV, cuando se producía una revuelta, se decía que la gente se alzaba «en forma de pueblo». Alguna vez, como en Córdoba en 1652, ese alzamiento fue por hambre, pero casi siempre ha sido por odios raciales o sociales, como el motín del Arrabal contra Alhakem I o la matanza de judíos de 1391, dándose el caso de que, en tales lances, las masas iban dirigidas por alfaquíes o arcedianos poseídos de ardiente celo religioso. El fanatismo y la codicia formaban una mezcla explosiva. No sé si los sociólogos saben algo que los físicos saben de sobra: que la masa es inerte y que sólo se mueve si hay una fuerza que la excite. Díaz del Moral, el notario de Bujalance, nos dice que al producirse el levantamiento del campo de Córdoba en 1917, no había en la provincia injusticias sociales ni angustias económicas graves. Sí que había en cambio una excelente organización de lucha, conectada con las que en toda Europa —en Rusia, en Francia, en Alemania, en Hungría, etc.— hicieron o intentaron hacer la revolución bolchevique. El grito de guerra esta vez no era «¡pan!», que siempre fue una razón, sino «¡tierra!», que siempre fue un pretexto. En su folleto *El espartaquismo andaluz* caracteriza el sociólogo socialista Bernaldo de Quirós de modo pintoresco y freudiano la relación de los agitadores catalanes con las masas andaluzas: «...Cataluña ha hecho siempre de varón, director y protector; y de hembra pasiva, Andalucía. La raza y el medio físico influyen y determinan necesariamente la diferenciación de papeles. La tierra es, al fin y al cabo, feminidad, y lo que pone Andalucía sólo es tierra. El trabajo es virilidad, y ésta es la parte de Cataluña.» Ya mencioné la feminidad de Andalucía al aludir a la facilidad con que se entrega a quien viene a conquistarla, y es lógico que en tierra tan femenina tenga la mujer un papel dominante. El andaluz religioso adora a la Virgen, sí, pero también a la Madre, y en sus relaciones con Dios prefiere tenerla a Ella de mediadora. No en vano es Andalucía la tierra de María Santísima. Alguien con más títulos que yo en materia de hiperdulía, el jesuita Muñiz Romero, ha recordado, en una simpática charla sobre el tema de la mujer andaluza, el

dicho de Spengler de que «el hombre hace la historia, pero la mujer es la historia». Yo creo que en Andalucía la mujer, aparte de encarnar el destino de la raza, ha pasado a la acción y ha suplantado al hombre como agente de la historia, y así viene a ser la historia que se hace a sí misma. Los ejemplos no faltan. Para no ir más lejos, la conspiración de *Fuenteovejuna* fue cosa de mujeres.

En los últimos veinte años, España ha experimentado una transformación considerable en la que Andalucía no ha quedado al margen. El andaluz, al emigrar como el extremeño y el murciano a Cataluña y a las Vascongadas, a Europa como el italiano y el yugoslavo, demostró con creces que, bien dirigido y remunerado, era hasta capaz de rendir. Tampoco se portó mal el andaluz que se quedó en casa, y con el auge del turismo y de la construcción naval más otras coyunturas favorables, la región irrumpió en la llamada sociedad de consumo. Ya no era el pueblo andaluz un pueblo de espectadores famélicos que admiraba o envidiaba el bienestar de unos pocos; por una vez España parecía un país próspero, aseado y pacífico. Ese estado de cosas se disipó como un sueño y el pueblo que lo soñaba, llegado a su mayoría de edad, asumió una soberanía caída de lo alto y hubo de enfrentarse consigo mismo. No sé cómo se habrá visto. Lo que yo veo es que ese sueño lo ha transformado profundamente. Esos años de prosperidad y desarrollo, de emigración y de consumo han desplazado del campo a la ciudad el centro de gravedad de Andalucía. La Andalucía industrial pesa ya más que la Andalucía agrícola; el viejo anarquismo sucumbe ante el moderno socialismo; la cultura popular ante la civilización burguesa, esa civilización que Cernuda calificaba de feroz. Huelga decir que en este proceso el pueblo andaluz ha corrido la suerte de toda sociedad agraria que, al convertirse en industrial, se proletariza primero para aburguesarse después. Si ha conservado algo este pueblo que tanto cambia y tan pronto se entrega es su alergia al libro, versión peculiar de la aversión al árbol que comparte con los demás pueblos de España. También ha recaído en unos hábitos de desaseo cívico que parecían haber pasado a la historia; desde que somos soberanos la lim-

pieza de nuestras ciudades deja bastante que desear y desde que somos ricos deja bastante que desear la belleza de nuestros pueblos. Las fachadas de cal que ponían, como en los versos del granadino, «cuadrada y blanca la noche», están siendo sustituidas por costosas fachadas de «alicatado de mosaico», como ellos dicen, a cual más ofensiva a los cinco sentidos; la maceta de albahaca por el florero de plástico; la guitarra por el tragadiscos; la jaula del canario o la del perdigón por la televisión en color. «Aculturada» por la televisión, esta raza vieja es por ahora una masa de nuevos ricos que, además del gusto popular, ha perdido el empaque despacioso, yendo como va en automóvil hasta al excusado. Su culto del ocio se llama ahora derecho de huelga, de la que la más visible es la de los basureros, huelga que es a la democracia lo que las golondrinas a la primavera. En 1640 y 1645, el Ayuntamiento sevillano, escaso de recursos como de costumbre, promulgó unas ordenanzas para que los vecinos colaborasen en la limpieza de la ciudad. Cómo se cumplirían esas ordenanzas que en 1649 se declaró la epidemia de peste más terrible que ha conocido Sevilla, llegándose a enterrar más de 23.000 personas en el carnero de San Sebastián. Hace unos años, al declararse en Nápoles —otra ciudad que tal baila— una epidemia de cólera, llegué a la conclusión de que esa epidemia era un castigo que la naturaleza infligía a la ciudad partenopea por su suciedad física y un castigo que le infligía Dios por su suciedad moral. Lo dicho de Nápoles vale para Sevilla como lo dicho de la masa andaluza actual vale para cualquier masa industrial de cualquier país de la sociedad de consumo, esa sociedad sin clases que nos ha dado el capitalismo. Mal se puede hablar ahora de la identidad de Andalucía cuando resulta que los andaluces son idénticos a los napolitanos, a los marselleses, a los renanos y a los neoyorquinos. Ahora, más que nunca, cabe decir como decimos en Italia: *Tutto il mondo è paese*.

Decía Ganivet de Granada que tenía un buen paisaje y un mal paisanaje y Antonio Machado hacía decir a uno de sus apócrifos aquello de *Sevilla sin sevillanos, oh, maravilla*. No seré yo como el colmenero que fumiga la colmena para coger

la miel que han fabricado las abejas fumigadas. Las ciudades andaluzas, a pesar de los pesares, tienen un encanto aún que tiene a la fuerza que ser obra de los andaluces que las habitan, los cuales a su vez —y ahí mi esperanza— sacan su encanto de la tierra que rodea a esas ciudades. Todavía en esa tierra, en los pueblos andaluces, tropieza el que por ellos va vestigios de una cultura agraria que se resiste a morir, o a ser falsificada, que es peor. Ahora que la palabra «cultura» empieza a ser tan sospechosa como la palabra «democracia», convendría recordar que la cultura no es amorfa, sino cristalina, o sea, que la cultura, no es cosa de masas, sino cosa de hombres. La cultura se articula en núcleos de cristalización; no es una confitura, como se decía en mayo del 68, que cunde menos cuanto más se extiende. La Andalucía del siglo XVI era más culta, a pesar de ser mayoritariamente analfabeta, que la Andalucía de ahora, en que el analfabetismo ha sido prácticamente erradicado, pues lo malo de esos años de desarrollo económico y aburguesamiento industrial es que la pobreza y el analfabetismo hayan desaparecido a expensas del abandono de la agricultura y de la cultura. No espero que las masas vuelvan al campo, pero sí creo que en el campo están todavía aquellos hombres que pueden devolver a Andalucía su amenazada identidad.